Compre usted todas las semanas

LAS OCURRENCIAS

El periódico más interesante y popular.

10 céntimos.

LARA

Antiguo Madrid

RAPIDO

Casa editorial de tarjetas postales ilustradas. Unico exclusivo que tiene la colección completa del

Conde de Luxemburgo, Tierra del Sol, La Goya y Pastora Imperio.

Manuel Fernández y González, 8.

(Antes Visitación.)



GRATIS. La Felicidad

por medio del MAGNETISMO Y OCULTISMO la mandaré al que envie un sello de 0'15 á D. Francisco G. Purtal.

• • • Barcelona - Mataró • •

ENFERMEDADES DE LA VEJIGA

VESICALINA

Es la **Vesicalina** una preparación magistral, específica en el tratamiento de la cistitis, por sus condiciones antisépticas, anestésicas, hemostáticas y diuréticas. La curación es rapidísima y segura en todos aquellos casos en que se trate de infecciones de la vejiga, uréteres y pelvis renal. Evita en absoluto los sondajes frecuentes y regulares, ahorrándose el enfermo incalculables dolores y molestias. Recomendamos á todo enfermo de la vejiga que antes de hacer uso de otros similares pruebe con un frasco pequeño de **Vesicalina**, y se convencerá de la eficacia del medicamento.

Precios de los frascos: tamaño grande, 10 ptas.; ídem pequeño, 5.

Depositarios: Sres. Pérez, Martín y C.ª, Alcalá, 9, y de venta en toda buena farmacia.

Mundo Galante

REVISTA POPULAR DE ARTE

OFICINAS: SAN ANDRES, 30.—APARTADO 555.—MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

España	Trimestre	1,50 pesetas.
	Semestre	2,75 »
	Año	5 »
Extranjero, año		8 francos.

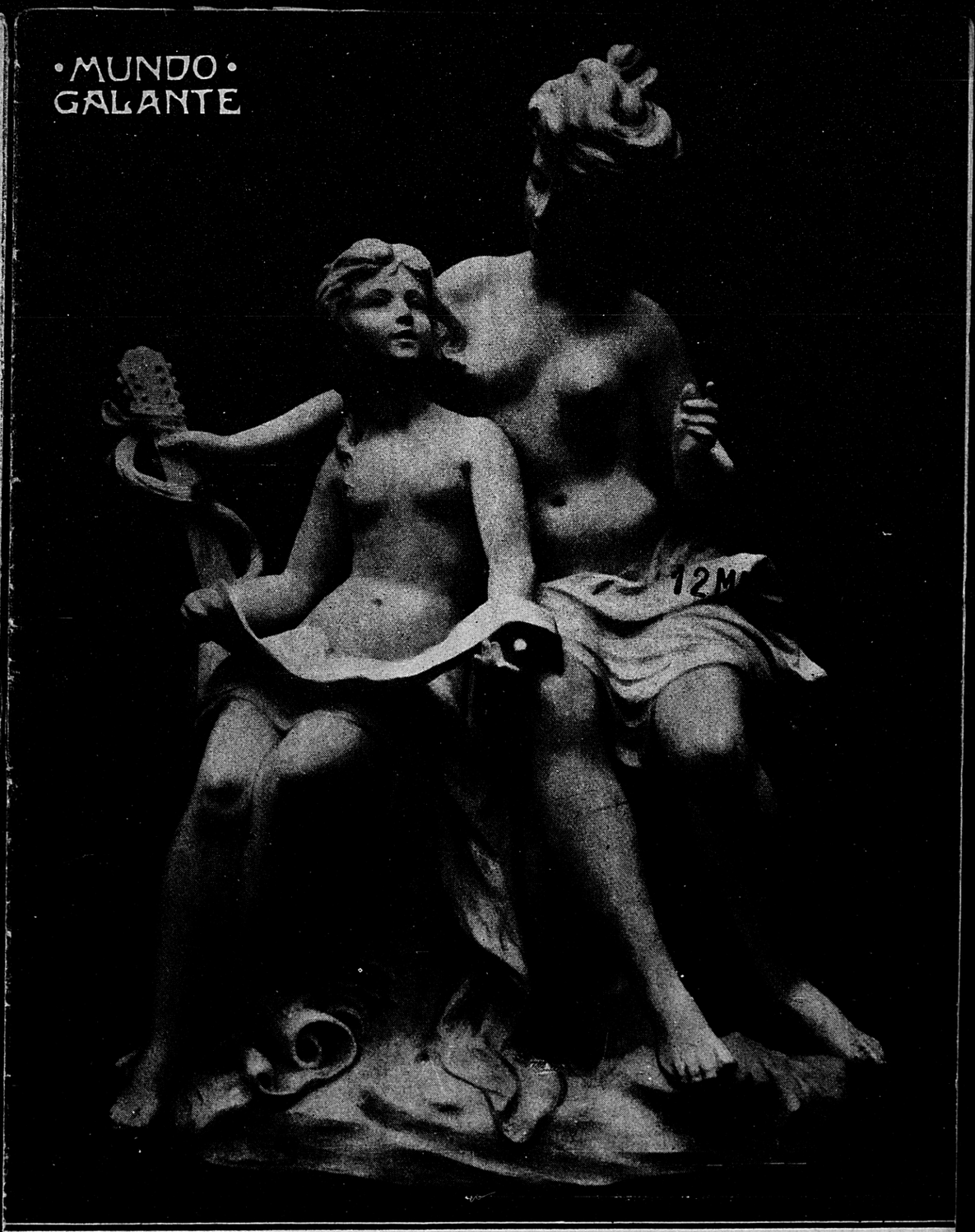
NUMERO SUELTO, 10 CÉNTIMOS

LOS QUINCE GOCES DEL MATRIMONIO.—Un tomo de 200 páginas y grabados.

MISTERIOS DEL LECHO CONYUGAL.—Un tomo de 80 páginas y grabados.

Por **2 pesetas** en sellos, Giro postal ó mutuo, se envía á provincias cualquiera de los dos libros que se anuncian.—Pidiendo los dos tomos se envían certificados por **4 pesetas**. Los pedidos, con su importe, **únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, cuarto derecha, Madrid**.—(Exportación, por mayor, de revistas, libros y periódicos á España y Extranjero.)

Imp. de A. Marzo, San Hermenegildo, 32 dupdo.



LECCION DE CANTO.—Escultura de H. Moreau (Salón 1909). (Fot. N. D.)

N.° 14. REVISTA POPULAR DE ARTE **10 cénts.**

Chismes y Cuentos

En una reunión donde hay una señora vizcaína, que aun no ha podido perder sus provincialismos al hablar en castellano, se discute sobre las diversas cocinas.

Unos optan por la francesa y citan platos en apoyo de su opinión.

Otros prefieren la inglesa y acuden á platos demostrativos.

Una señora cree que es mejor la italiana.

La vizcaína, que es una buena moza, dice:

—Vamos, que mi bacalao de vizcaína no es malo; pueden tomárselo cualquieras.

♣ ♣ ♣

—Tengo ya tres onzas de oro, confesába un aguador.

—¿Y mujer?

—Y que la adoro.

—¿Y tienes chicos, Melchor?

—Mira, eso sí que lo *ignoro*.

♣ ♣ ♣

—¡Ay!

—¡Calla, tonta! ¿Qué sabes tú lo que te conviene?

—Señorito, ¡qué desgraciada soy!

—En mí encontrarás siempre un padre.

♣ ♣ ♣

Entre dos amigas solteras:

—Ya sabrás lo que le ha pasado á Julia con Ernesto. Si de mí pretendiera un hombre abusar de ese modo, lo mataría antes. ¿No harías tú lo mismo?

—No. Yo después.

♣ ♣ ♣

Jugando yo no sé á qué
sola con su primo Bruna,
quiso su mala fortuna
que derribase el quinqué.
De fuera el padre gritó:
—Chiquilla, ¿te estás cayendo?
Y el primo dijo riendo:
—No, tío; se deslizó.

♣ ♣ ♣

—A Trinidad le ha salido una buena contrata.

—Pues, ¡mira que canta mal la pobrecita! ¿Y para dónde es?

—Para un señor viejo, americano y muy rico.

♣ ♣ ♣

—Doctor: mi mujer está sumamente triste; apenas come, y de día en día se va desmejorando.

—¿Y cuánto tiempo hace que viene usted notando eso?

—Yo le diré á usted (*recordando*); justos, cuatro meses, el tiempo que hace que destinaron á Barcelona á su primo el teniente de lanceros.

♣ ♣ ♣

Primero me dió un beso,
luego, un abrazo.
—¿Y luego?
—Luego... nada
—¡Ay, qué tacaño!

♣ ♣ ♣

La hermosa Serafina no ha podido ir á los toros. Al bajar la escalera de su casa tropezó y rodó por ella, produciéndose una herida por encima de la rodilla.

Después de curada, le preguntó con gran interés al médico:

—¿Se me verá, doctor?

—Eso dependerá de que usted se sacrifique unos días.

♣ ♣ ♣

—¿Crees que volverá Rodolfo
después de estar convencido
de que le engañas?
—Hay muchos
que se crecen al castigo.

♣ ♣ ♣

—¿No ves cómo prospera la Carolina?

—¿Qué te extraña? Hay mujeres á quienes les pasa lo que á las letras de cambio. Cuanto más firmas llevan, más valen.

♣ ♣ ♣

Mundo Galante

Año I. - Número 14.
Madrid, 8. Agosto 1912.

Oficinas: San Andrés, 30.
Apartado 555.

LA APARICIÓN

Se hallaban aquellas cuatro hermosas tomando el aromático té; la conversación se había hecho expansiva y se llegó á las confianzas más delicadas.

La marquesa confesó que, en efecto, no eran enteramente falsos los rumores que acerca de ella se habían propalado, pues no siempre había sabido ser cruel con algún galán que, arrodillado en la alfombra de su gabinete, le jurara amor ardiente. Y al contarlo quedó con los ojos entornados, revelando la expresión de su fisonomía que el remordimiento de las pasadas bromas jugadas al marqués no habían penetrado aún en su alma.

La condesa fué más clara; amaba, sí; había entregado su corazón con todas sus consecuencias á aquel pianista tan guapo, tan buen mozo, que cuando se entusiasmaba hacía saltar las cuerdas de los pianos más fuertes, habiendo entrado por mucho en el cariño profundo que por él sentía la admiración de aquel vigor.

—Pero tú, Mercedes—dijo la marquesa dirigiéndose á la dueña de la casa, una encantadora mujer de veintitrés años, cuya hermosura era proverbial en Madrid—, ¿tú no tienes aventuras galantes que referir? Nadie habla de tu conducta; ¿eres perfecta?

—¡Oh!—contestó Mercedes—. Yo amo á mi marido demasiado; y, además, mi propia estimación me impediría incurrir en ciertas faltas.

—¿Luego eres impecable? ¿O no tienes confianza en nosotras para revelarnos...?

—De ninguna manera; y voy á daros una prueba de ello. No necesito faltar á mi marido para disfrutar los goces que proporciona la variedad. Yo tengo un medio ingenioso de conciliar este placer con mis deberes conyugales.

—Un medio. ¿Cuál? Eso es maravilloso.

—Dínoslo.

—Pues bien; sabed que mi tía la duquesa, la cual era muy inteligente en las lides amorosas...

—¡Y tanto! Ha sido la maestra de dos generaciones.

—Quiso darme á conocer la dicha incomparable de la infidelidad; pero al ver qne yo me resistía en absoluto á probar en la práctica la bondad de sus teorías, me enseñó el secreto de convencerme sin degradarme, lo cual consigo poniéndome un poquito alegre.

—¿Alegre?

—Bebiendo un licor que ella misma me proporcionó. Cuando, después de haber bailado ó hablado con un joven, ciertos deseos demasiado vivos y exigentes para permanecer insensible se apoderan de mí, me meto en esta misma habitación, y, reclinada en esa *chaise longe*, trago algunos sorbos de la mágica bebida, que me produce una especie de embriaguez deliciosísima. Entonces siento cerca de mí animarse, tomar forma, las más adorables quimeras que la imaginación de una mujer pueda crear.

—¡Eso es pasmoso!—exclamó la marquesa.

—Pero algo deficiente—objetó la condesa.

—Te engañas, porque cuando siento que mi éxtasis está cerca de su apogeo, bebo algunas gotas más para aumentarlo; y entonces veo entrar á un hombre...

—¿Un hombre?

—¿De carne y hueso?



—¡Quiere el destino, tirano,
que te deje por seis meses...!
—¡Bueno! Pero no regreses
sin avisar de antemano...

—Tal me hace creer mi deliquio. Alto, esbelto, moreno, hermoso como Apolo; fuerte como Hércules. La obsesión es completa; y de este modo, sin faltar á mis sagrados deberes, satisfago todos los antojos de mi fantasía.

***

Algún tiempo después de estas confidencias hallábase la marquesa de visita en casa de Mercedes.

—¿Continúas usando del licor prodigioso?—preguntó aquélla.

—Sí; pero observo una cosa rara. De dos meses á esta parte, aunque aumento la cantidad de la bebida, ya no veo aquella aparición masculina tan hermosa que me hacía sentir las deliciosas emociones de la realidad.

En esto entró en el gabinete á anunciar que había llegado la modista un *groom* muy joven, casi un niño.

—¡Calle! ¿No está ya aquí aquel ayuda de cámara alto, esbelto, moreno, tan buen mozo?—exclamó la marquesa.

—No; lo despidió mi marido.

—¿Cuándo? — preguntó mirando fijamente Mercedes.

—Hará unos dos meses—contestó ésta ruborizándose.

C.

LA FE DE LAS MUJERES

Cierto monte, por su altura,
no dejaba ver el mar
desde la casa del cura
de un lugar.
Para ampliar el horizonte,
con un cuento baladí
transportó el cura aquel monte.
—¿Cómo?—Así:
«A las que una piedra—dijo—
lleven de aquel monte, Dios
les dará á algunas un hijo
y á otras dos».
Hubo mujer diligente
que se llevó de una vez
no una piedra solamente,
sino diez.
Con fe, rubias y morenas,
fueron al monte á buscar
más hijos-piedras que arenas
tiene el mar.
Despojando grano á grano
las niñas el monte aquel,
lo pusieron con el llano
á un nivel.
Perdió así el monte su altura,
Y al fin vino á resultar
que desde casa del cura
se vió el mar.
¡Cómo cree con las entrañas
toda mujer cuando cree,
transporta hasta las montañas
con la fe!

CAMPOAMOR.

***

¡OJO!

—Ayer visité á Asunción,
y el marido, que es un vándalo,
sin que temiera el escándalo
me arrojó por el balcón.
Pude pasarlo muy mal,
mas tuve suerte, y me fundo
en que es un cuarto segundo
de una altura colosal.
—Pues mi consejo, si quieres,
te evita más de un trabajo:
visita sólo á mujeres
que vivan en cuarto bajo.

***

EN EL TEATRO

—¡Qué inmoral! ¡qué escandaloso!
(dijo Inés en el teatro);
¡ese marido hace el oso!...
Y ella, á espaldas de su esposo,
dice á su primo: —A las cuatro.

COMBINACION

¡HOMBRE! ¡Hombre! ¡Caramba! ¡Caramba!... Como acostumbra á exclamar cierto individuo, cosa de cuatrocientas catorce veces cada día.

¡Bien puede decirse parodiando al poeta:

—Hoy. las chicas adelantan
que es una barbaridad!...

Y el que lo dude, no tiene más que enterarse del siguiente dialoguito que sostuve, hace pocos días, con mi vecina Cecilia, una joven de diez y ocho abriles, que vale todas las pesetas y los ocho reales y medio, en oro, que guarda el Banco de España allá en sus obscuras reconditeces.

Los papás de las niñas habían salido.

Ella estaba apoyada de codos en la barandilla de la galeria de su casa cuando yo me asomé á la ventana.

—¿Qué le pasa, vecinita, que está usted tan pensativa?—la pregunté.

Y como, según parece, hemos simpatizado, y la simpatía hace nacer la franqueza, me contestó lanzando un suspiro:

—¡Ay! ¡Pienso en que las cosas de este mundo están muy mal arregladas.

—¡Vaya si lo están! repuse—. Yo, por ejemplo, podía tener docena y media de añitos menos y tres docenas de miles de duros más...

¡Todavía es usted joven!—me contestó galantemente—. ¡Yo lo soy también y voy acercándome á la edad de casarme...!

—¿Ha hecho usted ya su elección...?

—¡No, señor...! ¡Eso es lo que me hacía cavilar...!

—¡Claro!... ¡Debe usted tener tantos!...

—Pretendientes formales no tengo más que dos...

—Uno sobra.

—Sí. señor...; digo, no, señor...

—¡Eso sí que no lo entiendo!...

—Pues verá usted. La cuestión es que uno de ellos es joven, guapo, inteligente, robusto, elegante...

—Vamos; un hombre completo...

—!Ay!... ¡No tal!...

—¡Pobre muchacho!... ¿Le falta... algo?...

—Lo principal...

—¿Es posible?... ¡Tan joven y ya tan... Abelardo!...

Mi vecina, que debe saber filosofía y otra porción de cosas, soltó la carcajada y exclamó:

—¡Pero qué está usted diciendo!

—¡Yo! ¡Nada!... Usted ha sido...

—¡Si es... todo lo contrario!... ¡Me consta de ciencia cierta!...

—!Ah!.. ¡Entonces!...—murmuré con el mayor respeto...—Y relamiéndome los labios mientras pensaba: ¡Quién fuera él!

La joven prosiguió:

—Sí, señor! Rafael reúne todas las cualidades que he dicho á usted, y la verdad casi me desvanezco de,.. ventura, al pensar en los infinitos placeres que apenas he gustado, apenas he hecho más que entrever, y que, sin duda, podría proporcionarme el día en que llegase á ser mi marido.

—¿Y por qué no apresuran ustedes ese día?—pregunté—. Cuando se puede disfrutar legalmente un legítimo placer no hay necesidad...

—Es que... ¡ya le he dicho á usted que á Rafael le falta algo!...

—¿Pero qué es ese algo...?

—¡Dinero!... ¡El infeliz es más pobre que las ratas!...

—¡Pobre será entonces!... Porque las ratas no suelen tener sino pulgas... ¡Y eso entretiene, más ó menos agradablemente, pero no alimenta!

—¡Ese es mi dolor!... ¡En cambio el otro!...

—¡Calle! ¡Es verdad! ¡Aún no habíamos hablado del otro!... ¿A ese no le falta... nada?...

—¡Es riquísimo!... ¡Tiene fincas rústicas, urbanas, títulos de la Deuda, acciones del



ELLA.—*Sí, maestro, ese es el mejor; siempre me he calzado muy estrecho.*

Banco!... ¡Qué sé yo cuantas cosas más!...

—Pues, hija mía... ¡ánimo y á él!...

—¡Sí, ya! Pero es un hombre... ¡que tiene demasiado!

—¡Vaya!... ¡Cuanto más, mejor!... ¡Lo que sobra no daña!

—¡No ha de dañar!... ¡Si lo que le sobra son años, afeites, dientes postizos, reumatismo, gota... la mar de alifafes y pejigueras!... ¡Es un hombre, si de tal puede ser calificado, que frisa en los setenta... y un pico muy semejante al de una cigüeña!...

Yo, con toda mi santa inocencia, exclamé:



Como aprietan los calores
que, de la sangre hacen fuego,
da Cupido á los amores
¡mucho riego, mucho riego!

—Hija, yo no vacilaría ni un momento. ¡Vaya á... escardar cebollinos ese señor don!... ¿Cuál es su gracia, si tiene alguna?

—Hermógenes.

—¡Pues vaya á paseo don Hermógenes y quedemos, es decir, quédese usted con el simpático y robusto Rafael!

—¡Sí, sí!... ¡Eso está dicho pronto!... Pero, ¿y los trajes?... ¿Y los banquetes?... ¿Y los coches?... ¿Y el palco en los teatros?... ¿Y otra porción de cosas, que son la agradable salsa de la vida, más importante aun que las tajadas?...

—¡Tiene usted razón!—dije, á la vez que pensaba: ¡Vaya con la niña!... ¡Métanla ustedes el dedo en la boca!... Y añadí en alta voz:—¡Sí! ¡Tiene usted razón! ¡La cosa no es tan fácil de arreglar como yo suponía!...

—¡Lo ve usted!... — repuso ella, volviendo á quedar pensativa.

Yo me consagré también á hacer profundas consideraciones sobre la materia y esperando con curiosidad el resultado de la lucha que evidentemente se sostenía en el corazón y en la mente de la preciosa joven.

De pronto exclamó ésta con alegría:

—¡Ah!... ¡Ya sé lo que he de hacer!... ¡Qué tonta he sido en preocuparme!.., ¡Si es lo más sencillo del mundo!...

—¡De veras!...

—¡Sí, señor!... ¿Acaso no tienen ayudantes los generales?... Pues... ¿por qué no los han de tener los paisanos?...

—De modo que el proyecto consiste?

—En casarme con don Hermógenes... y agregarle á Rafael... como ayudante de marido—dijo mi vecinita con angelical inocencia y como si se tratase de la cosa más natural del mundo.

¡Cá...scaras!... ¡Cá...scaras!... ¡Discurrir así á los diez y ocho abriles!... ¡Les digo á ustedes que estamos frescos!... ¡Vaya una bonita combinación!...

M.

TUS PIES

Me parecen tus pies, cuando diviso
que la falda traspasan y bordean,
dos niños que traviesos juguetean
en el mismo dintel del paraíso.
Quiso el amor, y mi fortuna quiso,
que ellos el fiel de mi esperanza sean;
de pronto, cuando salen, me recrean
cuando se van, me afligen, de improviso.
¡Oh pies idolatrados! ¡Yo os imploro!
Y pues sabéis mover todo el palacio
por quien el alma enamorada gime,
traed á mi regazo mi tesoro
y yo os aliviaré por largo espacio
del riquísimo peso que os oprime.

ADELARDO L. DE AYALA.

Las páginas que siguen son encuadernables y el lector puede desprenderlas para formar un album magnífico uniéndolas á las que ya se han publicado y á las que sucesivamente se irán publicando.

Sucursales porteriles.

Las porterías de lo general de las casas son sucursales del salón de conferencias.

Allí se detienen las criadas de los diferentes pisos cuando entran y salen.

—¿Adónde vas, Dorotea?—pregunta la portera á la primera que se aproxima.

—Pues, voy á la compra—responde la doméstica—; me han dado cinco duros y me falta dinero.

—¡Anda!

—Es claro. ¿No ve usted que quieren que por cinco duros me traiga la plazuela entera?

—¡Ya!

—¡Y como la señorita está tan delicada, y no come más que pollitos, y codornices, y chochitas... y como el señor está chochito por ella!...

—Ya puede. ¿Cuántos años le lleva?

—Treinta.

—Puede ser su abuelo.

—¡Y como tampoco son ellos solos!... Porque, ya sabe usted, el primo de la señorita no sale de casa más que para los asuntos del servicio.

Otra criada se presenta en escena.

—Adiós, Nicanora.

—Voy á llevar una carta. ¡Hace *una* aquí unos papeles que da vergüenza!

—Es el...

—El pagano, el que costea todos los gastos.

—¿Y el otro?

—¿El otro? El otro viene á las altas horas. El día menos pensado se encuentra el pagano con las manos en la masa, y...

—¡La mar!

—¿Y el marido?

—Siempre de paseo... ¡siempre de paseo!

Las tres mujeres ríen estrepitosamente á costa del paseante marido.

Cuando las dos muchachas se lanzan á la calle, baja otra que se lleva un lío debajo del brazo.

—Voy á empeñar para el día—dice de pasada.

—¿Seguís lo mismo?

—Peor. Me deben cuatro meses de salario, y... ni agua.

—Y ¿qué dice don Cosme?

—Que tengamos paciencia hasta que venga de Portugal un pariente de la señorita, que como ha estado allí revolucionando, tal vez venga *armado*.

En esto llega un señor y pregunta:

—Portera, ¿quién vive en el segundo izquierda?

—Una señora sola, que no tiene casa de huéspedes, pero que lo parece.

—¿Se llama doña Petra?

—La misma.

—Quisiera verla.

—Pues suba usted.

—Pero...

—No tenga usted cuidado; hay entrada libre.

Llega otra persona á preguntar por otra vecina.

—¿Vive aquí doña Fulana?

—Sí, señor. ¡Buena tramposa está!

—¿Cómo tramposa?

—Ya lo creo. ¿A que trae usted alguna cuenta?



Cuando hablan de suprimir las corridas de toros, me extremezco y esclamo:
—¡Dios mío! ¿Qué sería entonces de la gracia torera?

—No, señora.

—¡Pues es una casualidad!

Y así todo por el mismo estilo.

Se impone la necesidad de una reforma que acabe con estas odiosas sucursales parlamentarias; una reforma tan radical, que no se escape de ella ni San Pedro.

Del rótulo de un estanco:

«Señoritas á real.»
—Estanquero, déme una
que me la voy á fumar.
—No me tientes la paciencia—
anoche me dijo Antonia.
¡Pobre chica, que no sabe
cómo se llaman las cosas!

DANZA ORIENTAL

AHORA baila esta danza una mujer de superior calidad, haciendo cosas completamente nuevas é incitantes.

En el teatro donde trabaja y luce sus magníficas formas pocas veces hay una localidad desocupada.

¿Y á que no saben ustedes cómo se titula en el cartel? *La estrella moralizadora*.



—La verdad es que he anticipado hoy la hora del baño... ¡Veo tan pocos hombres en la playa!

¿Que esto es un sarcasmo? No lo crean ustedes.

Algunas señoras del ramo de casadas, que estaban á *cierta distancia* de sus esposos, ya han conseguido que se acerquen éstos, y lo están pasando tan ricamente

Claro; allí ven lo que disloca á los hombres, y si no son torpes, aprenden y electrizan á sus dueños.

De aquí que días atrás me dijera un amigo:

—Chico, me he moralizado. Ya soy otro. En mi mujer encuentro ahora todos los atractivos que yo buscaba en las otras.

—Pues hombre, lo celebro infinito—le contesté.

—Ahora me recibe con el pelo suelto, haciendo preciosas contorsiones con el cuerpo y medio desnuda, luciendo unas formas en las que hasta ahora no me había fijado.

—¡Bravo, chico!

—¡Y hasta sabe tocar la pandereta! ¡Vaya, como que los vecinos del segundo se han quejado al casero del trastorno que arma!

—¡Hombre; eso ya es más grave!

—¡Quia! Anoche, á eso de la una, me estaba bailando la célebre danza oriental. Y mientras ella se movía voluptuosamente agitando á la vez la pandereta, yo, loco de entusiasmo, le daba patadas á un cofre y aplaudía frenéticamente.

—¡Pobres vecinos!

—Ya no se quejarán más, porque mi mujer está enseñando la danza á la vecina para que se la baile á su esposo.

—¡Magnífico!

—¡Ya lo creo! ¡Ah! Y te participo que no es eso sólo.

—¿Aun hay más?

—Pero mucho más. Mi mujer toma cada curda que canta el credo, y está graciosísima.

—¡Olé por las mujeres graciosas y con sandunga! ¡Chico, te felicito pero muy de veras!

—Y hasta me quita los dineros de la cartera. Ya lo ves. Como todas. ¿Qué necesidad tengo yo de hacer el calavera fuera de casa?

—Tienes razón, Juan. Y ahora voy á proponer un premio para la genial importadora de la danza oriental *La estrella moralizadora*.

MORÓN.

CUESTION DE NOMBRE

Un aficionado al arte
dijo en una reunión:
—El *Bombita* es un gran diestro,
excelente matador,
recibe como en España
de fijo no lo hacen dos.
—¡Y por eso es tan nombrado!—
una joven exclamó.
—Pues si tan sólo recibe,
eso... también lo hago yo.

LA PRUEBA

NO SE JUEGA CON EL AMOR

(Extracto de lo publicado en números anteriores... Adriano, contrariado por los desdenes y la coquetería de su novia, sorprende la conversación de ésta con una de sus amigas... La bella urde una comedia para poner á prueba la sinceridad amorosa de su galán, pidiéndole á su amiga que lo enamore... Aquella misma tarde la marquesa comienza la prueba de seducción de Adriano, confiada en obtener fácil y pronta victoria.)

chos sufrirá un golpe terrible, ó seré vencida, y mi vanidad de mujer bonita no saldrá muy bien librada en ello.

Pero Ivona había insistido tanto, que la marquesa acabó por exclamar:

—En fin, tanto peor para ti y para él.

Juró además, solemnemente, rendir cuenta exacta de la conducta que observara el futuro marido. Al presente no era posible retroceder. Así es que empezó el fuego de una manera vigorosa; y considerando la espléndidá juventud de Adriano, á quien juzgaba indefenso, se dijo:

—Dos horas de viaje... ¿Quién sabe? Tal vez sea esto suficiente.

Y arreglando su cara con un gesto seductor, exclamó de pronto:

—¿Qué miráis con tanta insistencia por esa ventanilla? Decidme si os gustá mi sombrero.

—Mucho, señora marquesa—repuso gravemente Adriano—; Ivona tiene uno igual y...

—¡Perdonad, señor de Jurandes! Os permito ser con Ivona todo lo galante que queráis, pero no ahora; ni una palabra más sobre el asunto. Ahora sois mi caballero, mío sólo, ¿comprendéis?... mío sólo, y no quiero que os ocupéis de nadie más que de mí.

Era un golpe recto. Adriano lo evitó adoptando una actitud vaga.

—Os obedeceré—dijo.

—¡Obedecer! Quisiera que vuestra esclavitud os resultara más dulce.

—No tengáis duda de ello.

Adriano se mostraba más inabordable de lo que la marquesa había presumido, y ésta se creyó obligada á adoptar una táctica más seria, comenzando, con voz suave y plañidera de mujer desgraciada, una confidencia muy á propósito para provocar consuelos. El exordio empezó de este modo:

—¡Ay, amigo Adriano, no soy feliz!...

—y terminó así:

—Quisiera morirme.

El joven hizo un ligero gesto de pena, lanzó también dos ó tres suspiros de lástima, pero nada más.

La pobre marquesa estimó oportuno bordar su relato con ojeadas significativas, de esas que reclaman compensaciones; pero el cándido Adriano no mostraba gran habilidad para complacerla.

Enojada por haber obtenido tan escaso triunfo, la marquesa continuó más vigorosamente las hostilidades, poniendo en guerrilla sus más atrayentes coqueterías.

Se quejó de un calor excesivo, excelente pretexto para quitarse el sombrero y descubrir una hermosa cabellera, para levantar el brazo con un movimiento gracioso que entreabría el descote de su vestido, para impacientarse por un nudo que se resistía, y para sacudir la cabeza con adorable languidez.

Lucía hizo todo esto.

Luego, para enardecer al joven, que únicamente la miraba con el rabillo del ojo, se sintió presa de un sueño casi invencible.

Su cuerpo languideció por completo, sus miembros se abandonaron, se recogió, sus párpados bajaron lentamente sobre sus hermosos ojos, húmedos de pereza, su nariz sonrosada se dilataba á intervalos regulares y sus labios se entreabrían, dejando ver la espléndida blancura de sus dientes con una sonrisa que testimoniaba de los pensamientos que la invadían, pensamientos que hubiera sido muy fácil compartir con ella.

Aprovechándose con habilidad de todas las prerrogativas que da la inconsciencia del sueño, la pérfida durmiente echó mano de infinitas y terribles seduc-

(Continuará.)



CORREO DEL AMOR

2.º CORNETÍN DE CAZADORES. (El Hardra).—Únicamente haciéndola ver que casará con su hija. Es el único medio para dulcificarla.

P. (El bastón). (Monasterio). — Estudie usted cual de ellas es la que más le conviene y decídase por una. Esto será lo verdaderamente correcto.

A. B. V. (El Canario).—Para esos trances no hay consejo posible. La mujer es muy engañosa, y á veces la que parece de temperamento más ardiente es la más recatada y la que mejor sabe defenderse. No se fíe usted de apariencias.

LA GITANA MALAGUEÑA. (Melilla).—Devuélvale todo lo que pide, con indiferencia estudiada. Siga frecuentando el baile, de modo que él lo sepa y espere... Cuando dé la menor señal de arrepentimiento aproveche usted y no le rechace, pero que tome la lección.

HERMINIA A. R. (Madrid).—No diga usted que le quiere con toda su alma; es solamente simpatía imaginativa. Debe usted tener una imaginación muy viva y pintoresca... ¡Si no conoce usted ni el metal de su voz! La táctica que ha de seguir usted es la única que se nos permite: la de la coquetería. Afecte usted á su lado una gran despreocupación, pero vigilando con habilidad lo que él hace. ¿No será un tímido? Si esto fuera, á usted corresponde alentarle buscando un pretexto de conversación.

FLORIN (Barcelona).—Yo no dudo que en el porvenir se rectificará el concepto que tenemos hoy del honor. Pero en tanto hay que someterse á las conveniencias sociales que diariamente destruyen alguna existencia.

P. M. (Bilbao).—Gracias por su galantería. He amado mucho y he sufrido mucho... El olvido es la vida; recordar es envejecer. Haga usted como yo. Busque el amor de la Naturaleza; es el más grande de todos porque no engaña.

ROSITA DE PRIMAVERA (Granada). — Ponga usted de acuerdo el corazon y la cabeza. Después, cuando haya meditado usted bien lo que pretende hacer, verá que no vale la pena de dar ese disgusto á sus padres. Esa amiga tiene para usted fatal influencia; no crea en su misticismo enfermizo. Es una anormal, una flor seca, envidiosa de la felicidad ajena.

ROMERITO (Tarragona).—¿Pero ha creído usted sinceramente que yo podía darle un consejo? Voy á hablarle con excesiva dureza... No se deben echar margaritas á puercos.

VOLUBLE (Sevilla).—Vaya usted á Turquía ó á Marruecos; hágase musulmán y así podrá recobrar el harén que tuvieron sus antepasados... Porque no me cabe duda que por sus venas corre sangre mora.

BILITIS.

A los corresponsales y coleccionistas.

El éxito de **MUNDO GALANTE** *ha superado nuestros cálculos. A pesar de todas las previsiones, los números se agotan, y ya nos hemos visto obligados varias veces á ordenar nuevas tiradas.*

Como nuestra principal aspiración es la de corresponder á los favores que el público nos dispensa, no omitimos gastos ni sacrificios de ningún género.

Por esto advertimos á los corresponsales y coleccionistas que pueden formular sus pedidos de números atrasados, que iremos reimprimiendo para satisfacerlos á todos. Sólo rogamos que tengan paciencia, pues no se pueden hacer las nuevas ediciones con la rapidez del número corriente.

Ya lo saben todos; háganse los pedidos de números atrasados con la debida anticipación, en la seguridad de que realizaremos los más grandes esfuerzos para servirlos y de que nadie quedará desatendido.

Esta semana se han puesto á la venta las nuevas tiradas de los núms. 1.º y 5.º, que estaban agotados, y en la próxima terminarán las de los números 2.º 3.º y 7.º

La condesa sorprende á su esposo en amoroso coloquio con la doncella.

—¿Qué haces ahí—le preguntó.

—Nada. Le hacía á Justina un encargo.

A los pocos días fué el conde el que sorprendió á un individuo en el cuarto de su mujer.

—¡Ah! ¿Qué significa esto?—exclamó.

—No te alteres—le dijo ella con calma—: Este caballero ha venido á traer el encargo que le hiciste á mi doncella.

* * *

—¿Serás fiel?—la decía.

—Ya lo creo, no podría engañarte.

.....

Cuatro días después—¡Cielos! ¿qué veo?

—Calla, tonto, que ha sido por probarte.

* * *

Una señora se presenta en casa de otra á pedir informes de una criada. Después de lo corriente en estos casos, le pregunta:

—Dígame usted: ¿es discreta?

—Como una tumba. Es capaz de tener á su esposo de usted toda la noche en su cuarto y no decir una palabra.

* * *

En una tertulia:

—¿No querías conocer á mi novio? Es aquel que está junto á la marquesa. ¿Qué te parece?

—¿Te ama de veras?

—Con locura.

—Pues, me parece un imbécil.

NUESTROS CONCURSOS ARTÍSTICOS

ESPLÉNDIDOS REGALOS A NUESTROS LECTORES

Mensualmente celebraremos un concurso en el que todos los lectores de MUNDO GALANTE tienen derecho á tomar parte. Consistirá en que ellos voten por el cuadro, retrato ó composición fotográfica que más les agrade de los que vayamos publicando en nuestra excelente y original GALERÍA ARTÍSTICA.

Destinamos, en el mes actual, á cada uno de los cuatro cuadros, retratos ó composiciones fotográficas que obtengan mayor número de votos un espléndido regalo, que será sorteado entre los respectivos votantes. Cada regalo constituye una verdadera obra de arte, representada por un magnífico heliograbado que mide 80×60 centímetros, de la acreditada casa Iturrioz, Fuencarral, 20, de esta corte, muy á propósito para decorar una habitación, sea humilde ó elegante, pues el arte y la belleza en todas partes tienen buen acogimiento. El primer premio es una reproducción de *El baño de Psyche*, de Leigton; el segundo, *Venus*, de Bradshaw; el tercero, *Después del baño*, de C. Probst, y el cuarto, *Coquetería*, de C. Probst.

A este fin, bastará con llenar el cupón adjunto y enviarlo, en sobre abierto y franqueado con un cuarto de céntimo, al *señor Director de* MUNDO GALANTE, San Andrés 30, Madrid, añadiendo en una esquina, la palabra «Concurso». Los de Madrid pueden enviarse á la mano.

Admitimos los cupones hasta el domingo 1.º de Septiembre, en cuyo día se hará el recuento de votos y el sorteo consiguiente. El resultado se publicará en el número del 5 del mismo mes.

AGOSTO 1912

Cupón del concurso de MUNDO GALANTE

Voto por (1) .....

titulado .....

inserto en el número ..... *pagina* .....

Nombre del lector .....

.....

reside en .....

calle de .....

número .....

(1) Expresad cuadro, retrato ó composición fotográfica.